

RECIBIDO / RECEIVED

27 de octubre de 2020

ACEPTADO / ACCEPTED

9 de marzo de 2021

## Sobre qué pasa con la Doctrina Social de la Iglesia

**Autor / Author**

**MARTÍNEZ ALBESA, Emilio, et al.**

**Editorial / Publishing company**

**AEDOS, Madrid 2020, 417 pp**

**D**os textos de Emilio Martínez Albesa enmarcan una intensa jornada de diálogo intelectual. No otra cosa se publica en esta obra (el volumen 19 de la colección *ideas*) y no otra cosa debió ser la III Sesión del Foro Interdisciplinar de AEDOS, celebrada en diciembre de 2018, cuyos resultados recoge, bajo el título *Sobre qué pasa con la Doctrina Social de la Iglesia*. Martínez Albesa presenta a un nutrido grupo de intelectuales católicos —Arturo Bellocq, Juan José Pérez-Soba, Rafael Rubio de Urquía, Miguel Alfonso Martínez-Echevarría, Dalmacio Negro...— unas «pistas», dice textualmente, sobre la situación de dicha doctrina, los desafíos a los que se enfrenta, sus limitaciones y sus posibilidades y, a partir de este texto, se van sucediendo diversas respuestas. Por eso no nos encontramos ante un tratado sistemático, sino ante unas reflexiones abiertas a ser continuadas.

Al tiempo que constata el hecho lamentable de que en el currículum de los estudios eclesiásticos la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) ha perdido peso, al ser absorbida por la teología moral social, Martínez Albesa insiste en vincularla con cuatro factores que han de condicionar su naturaleza y su estatuto epistemológico: secularidad, discernimiento espiritual, lectura creyente de la realidad e interdisciplinariedad. Con ellos dialogan sus interlocutores desde una paradoja, constatada por Arturo Bellocq y repetida por varios otros: la dificultad para articular una necesidad de la fe (resolver los problemas sociales) con su misma insuficiencia para hacerlo.

Con este punto de partida son muchas las cuestiones que se van planteando. Intentaré ceñirme a las más repetidas.

En primer lugar, pese a que tradicionalmente la DSI se asocia a un modelo de magisterio pontificio iniciado por León XIII, resulta tan necesario como evidente que los laicos han de jugar en su desarrollo un papel protagonista y, al mismo tiempo, autónomo. En la medida en que la DSI es anuncio de Cristo en las realidades temporales, tal anuncio no puede dejar de hacerlo el fiel que vive en contacto con esa realidad. La función de la

Iglesia es la evangelización; como institución no tiene por función propia la promoción de la justicia social. Esta es una tarea, sin duda ineludible, del individuo católico —laico y eclesástico—, al que se le impone como sacrificio consciente, compromiso responsable y autónoma creatividad. En este sentido la DSI no ofrece soluciones precisas; ni la fe ni la Iglesia dirán a los laicos exactamente qué hacer en las condiciones concretas a las que se enfrenta; es el ámbito de la recta razón.

La DSI no es solo magisterio. Se trata de una doctrina del conjunto de la Iglesia, de toda ella, donde es necesario —obligado— conjugar fe y razón, para responder a las contingencias concretas, iluminando la praxis. Tiene una dimensión teórica y otra práctica, pero no busca, en primer término, reorganizar la sociedad, sino formar y avivar las conciencias; tiene —como en su conjunto el hecho cristiano— una dimensión práctica, en diálogo con el mundo, con sus problemas y con los no creyentes, por eso se hace en ella imprescindible la interdisciplinariedad.

Que no es solo magisterio lo pone claramente de manifiesto Santiago García Echevarría al acercarse al problema desde el otro extremo. No desde la teología, sino desde la dimensión social de la economía, que debe fundarse en un planteamiento enfocado en la persona, en su desarrollo integral. Si no hay persona, concluye, no hay cuestión social y, por lo tanto, no tiene sentido la DSI. Parece evidente. Todos lo admitiríamos en teoría, pero no parece que las reflexiones de todas las escuelas económicas vayan en ese sentido, ni mucho menos el desarrollo de la mayor parte de la acción económica, centrada en una eficiencia técnica o en unos ideales de crecimiento que, todavía, incluso entre muchos católicos, pretenden engañar con el *efecto derrame*: la ilusión de que el desarrollo económico terminará generando una especie de beneficio universal. Contra este mito, que solo busca legitimar un orden, son importantes las reflexiones críticas sobre el capitalismo que atraviesan toda la obra, culminando en el texto de José María Fuster.

Demanda Martínez Albesa, en su citada introducción, la interdisciplinariedad como condición de éxito para la DSI. La verdad, para mejor aprehenderse, ha de abordarse con el auxilio de todas las disciplinas posibles, considerando las variadas problemáticas histórico-sociales que necesariamente condicionan tales realidades. Desde esta convicción, algunos textos insisten en el peso y la necesidad de aproximarse a la DSI desde la historia. El primero, de José Andrés-Gallego que comenta la introducción de Martínez Albesa cruzando desde la teología de la liberación a la metodología de Cardijn y su reformulación por Rovirosa. Pérez-Soba recurre a la historia con el objetivo de insistir en la condición profética y, por lo tanto, evangelizadora de la DSI: hacer presente la acción de Dios en medio de su pueblo. La realidad profética de la Iglesia impone que su presencia en el mundo sea significativa y, para ello, en diálogo con el mundo, no cabe reducir la DSI a una reacción, una respuesta. Antes que nada, debe ser una propuesta capaz de abrir nuevos caminos. Por su parte, Miguel Alfonso Martínez-Echevarría busca las raíces y el correcto sentido de la secularización que impone, por un lado, la participación, activa y responsable, del laicado, que no puede ser entendido «como un instrumento al servicio de los intereses de la clerecía» y, por otro, una dimensión dinámica fundamentada en la libertad personal en busca de la verdad y, por lo tanto, definidora —como la misma DSI— de una práctica.

La necesaria interdisciplinariedad es abordada, especialmente por Rubio de Urquía, desde su fundamentación teórica. Cree necesario fundamentarla sólidamente para superar un diálogo estéril o, aún peor, una subordinación a concepciones antropológicas contraria a la primacía de la persona. En un texto conscientemente sintético y anuncio de una obra en ciernes establece las cuatro preguntas capitales que hay que plantearse para dar respuesta al estatuto epistemológico de la DSI: ¿cómo se articula la antropología cristiana en el seno de la antropología?, ¿cuál es la estructura fundamental de los documentos de la DSI?, ¿qué relación se establece entre los enunciados propios y legítimamente magisteriales y las pretensiones de conocimientos propias, y legítimas, de otras disciplinas?, y, por último, ¿cuál es la estructura fundamental de la dinámica magisterial que genera el corpus de la DSI?

Una y otra vez insisten los autores de esta reflexión en que la DSI no proporciona soluciones precisas ni formas concretas de actuar, pero tampoco cabe ignorar que ofrece un corpus maduro compuesto, como expone Arturo Bellocq, por principios, criterios de juicio que, derivados de los anteriores, dependen de la realidad concreta, y directivas de acción, por supuesto discutibles. Unos principios de reflexión siempre válidos fundados en la primacía de la persona, el bien común, la solidaridad, el destino común de los bienes y la propiedad y la subsidiariedad. Estos principios aceptados por todos han merecido algunas reflexiones que profundizan y enriquecen su interpretación. Frente a la solidaridad, Rafael Gómez Pérez, desde la primacía de lo individual —un individualismo relacional— insiste en la caridad, que siempre enfrenta a un individuo concreto con la desgracia de otro individuo concreto. Dalmacio Negro, partiendo de su rechazo al *mito contractualista*, se ha preguntado si la justicia social, «la idea motora de la DSI, es una causa concreta de la artificiosa tiranía de las Ciencias Sociales», llegando a unas conclusiones que Martínez Albesa califica de excesivamente duras.

En definitiva, la pretensión de la DSI no es exponer, de un modo teórico, orgánico y podríamos decir atemporal, los principios sociales del cristianismo. Su objetivo no es solucionar los problemas del mundo, sino enseñar a pensarlos a partir de las verdades fundamentales y dialogar sobre ellos.

Reconociendo este diálogo, no es menos decisiva la insistencia en la necesidad de recuperar la presencia en el espacio social, desde la fe, pero con una clara conciencia de la responsabilidad para con el otro; así, Joaquín Jareño, afirmando la necesidad de superar el *humanismo radical* (lo que otros han llamado humanismo ateo), cita un texto claro de J. Ratzinger: «El católico no quiere y no puede, pasando a través de la legislación, imponer jerarquías de valor que solo en la fe se pueden reconocer y realizar. Puede reclamar solamente lo que pertenece a las bases de la humanidad accesibles a la razón y que por eso es esencial para la construcción de un buen ordenamiento jurídico [...] el fiel sabe que debe respetar la libertad de los demás y que, al final, su única arma es precisamente la racionalidad de los argumentos que propone en la arena política y en la lucha por formar la opinión pública».

Afirmando la condición profética y, en consecuencia, evangelizadora de la DSI, consideran prioritario fundarla en el discernimiento espiritual. Lo que se discierne es cómo realizar la voluntad de Dios en las circunstancias sociales. Es necesario para ello hacer una lectura creyente de

estas circunstancias. Si la DSI presenta diagnósticos, juicios y recomendaciones, su metodología es prioritaria. Martínez Albesa tiene clara conciencia de este hecho y de ahí sus reflexiones sobre la revisión de vida aportada originariamente por la JOC, método que considera profundamente válido siempre que no se caiga en un mecanicismo estéril. El remedio está en tener presente que la fe no puede llegar tarde; en palabras de Martínez Albesa a los tres verbos clásicos, *ver*, *juzgar* y *actuar*, habría que anteponer *creer* y *amar*, como recordatorio de que, desde el *ver*, se trata de una lectura cristiana de la realidad, que lleva a insistir en que la pretensión no es implantar una nueva cristiandad, sino un mundo digno de los hijos de Dios, donde —conscientes de vivir en una casa común— no olvidemos el sufrimiento del *forastero*, porque forasteros fuimos en la tierra de Egipto. ■

**GÓMEZ DÍEZ, Francisco Javier**

Universidad Francisco de Vitoria